



PEPE
COLUBI

¡PECHOSI
FUERA!

Un divertido análisis de las series más emblemáticas de la historia de la televisión a través de sus mejores diálogos.

Pepe Colubi nació con una tele debajo del brazo. Sus padres habrían preferido un pan, pero lo quisieron igual y le dieron de merendar todos los días mientras el chiquillo no despegaba los ojos de la pequeña pantalla.

Sus mejores amigos fueron Mazinger Z, Bugs Bunny y Piraña. Maduró con los Jordache, el emperador Claudio y el JR de Dallas. Admiró a Kunta Kinte, Colombo y Furillo. Viajó al más allá con Kirk, Koenig y la lagartota Diana. Observó con curiosidad científica a Michael Knight, Murdock y MacGyver. Se partió el pecho con Rigsby, Kramer, Chandler, Frasier o Skinner y siempre quiso llamarse Earl. Se le congeló la sonrisa con Tony Soprano, Grissom y Dexter. Se dejó curar por House y Becker. Vivió trepidantes aventuras con el vuelo 815 y deseó con todas sus fuerzas salvar a la animadora.

Tanta tele vista ha convertido a su autor en un perturbado de provecho; las citas y diálogos catódicos que laten en su cabeza pedían a gritos ser ordenados en un libro como este.

«Lo bueno de la televisión es que si algo importante ocurre en cualquier parte del mundo, sea de día o por la noche, siempre puedes cambiar de canal».

Jim Ignatowski, *Taxi*

EPISODIO PILOTO. ¿DE QUÉ VA ESTE LIBRO?

Pertenezco a la primera generación que creció con un televisor en casa. Para mí siempre ha estado ahí, al principio con una sola cadena que ni siquiera emitía todo el día (los imberbes de hoy no saben qué era una carta de ajuste), después con las privadas, más tarde con la parabólica y ahora con los canales de pago por plataforma, cable o adsl. Hay más oferta, pero la pulsión a la hora de sentarse delante de la tele sigue siendo la misma.

El invento apenas ha cumplido cincuenta años en España; en tan corto periodo de tiempo ha pasado de los tubos catódicos al plasma, de las 625 líneas a la alta definición, de la antena a la TDT y del VHS al DVD. Pero el cambio más significativo no ha sido técnico, sino formal; el medio, ignorado y despreciado por ciertos creadores, fue ganando prestigio gracias a la creciente calidad de sus series. El camino ha sido largo y tortuoso; hubo que pasar la travesía de los aventureros años sesenta, los chillones setenta o los horteroideos ochenta hasta llegar a la situación actual (ojo, en la que tampoco escasea el gato por liebre).

Por eso es un buen momento para recopilar citas, frases y diálogos, no solo de las series que han ido desbrozando el camino, sino de las más recientes producciones que alegran nuestra condición espectadora. Es decir, *¡Pechos fuera!* abarca toda la historia de la televisión, pero no incluye todas las series emitidas desde los años cincuenta hasta finales de la primera década del siglo XXI. Es fácil imaginar

que no caben en un solo libro, pero es necesario avisarlo para los lectores que puedan sufrir lo que el profesor Derek Thornton, de la Universidad de Stanford, denominó MSS (siglas en inglés del Síndrome de la Serie Perdida), una severa dolencia *freak* que causa mareos, ataques de ira y enuresis al espectador compulsivo que no encuentra su serie favorita citada en un libro sobre tele (la buena noticia es que se cura con la edad). Estamos ante una recopilación necesariamente selectiva; como en cualquier antología, el criterio coincide con el del autor, al que se le nota mucho qué series le gustan, cuáles detesta y cuáles le mueven a la risa, la indiferencia, la compasión o el asco-pena.

Desde el principio *¡Pechos fuera!* parecía el título ideal para un compendio de citas televisivas: la famosa frase que pronunciaba Afrodita A, robótica compañera de Mazinger Z, cuando lanzaba sus misiles pectorales, se mantiene imborrable en el recuerdo de los que fueron jóvenes a finales de los setenta, ¿verdad? Un momento, no tan deprisa. La bruta mecánica no decía tal frase: todo es fruto de la peligrosa combinación adolescente que mezcla cachondeo y hormonas enloquecidas. Sé que muchos lectores jurarían sobre la tumba de su reproductor de vídeo que cada vez que Sayaka accionaba sus torpedos lo hacía con el tentador grito de «¡pechos fuera!», pero la memoria nos juega pasadas de ese tipo. Rebobinemos.

El 4 de marzo de 1978, TVE comenzó la emisión de la serie japonesa de animación *Mazinger Z* con el capítulo titulado «El nacimiento de un robot milagroso». La serie original constaba de noventa y dos episodios, pero nuestra querida televisión pública (única cadena por aquel entonces) solo emitió treinta y dos, absurda decisión agravada por el hecho de que los capítulos «elegidos» no eran consecutivos; después del segundo, por ejemplo, la serie saltaba en España hasta el octavo (quedaban, de golpe, cinco episodios inéditos). ¿Por qué hicieron eso, además de cortar y censurar algunas escenas en los emitidos? Pues por lo

mismo por lo que los perros se lamen la genitalia: porque pueden.

Como toda producción importada, *Mazinger Z* se dobló al castellano (en los estudios Sonygraf de Barcelona) y durante veintisiete semanas consecutivas se emitió cada sábado hasta que otra lumbrera del ente decidió cancelar la serie que chiflaba a la muchachada de la época. Pero en las vacaciones de Navidad de 1979, TVE estrenó de forma inesperada cinco episodios más (se emitieron de lunes a viernes en la primera semana de enero). Tiempo más tarde, los primeros veinticuatro capítulos con doblaje al castellano fueron editados en VHS, pero los ocho restantes nunca vieron la luz en formato doméstico y siguen inéditos, incluso en las descargas de internet (donde sí se puede encontrar la serie completa con doblaje sudamericano).

La frase «¡pechos fuera!» se ha convertido en mi particular *Rosebud*. Rebusqué en esos veinticuatro capítulos. Contacté con Sonygraf. Le pedí a Mauro Entrialgo que repasara en su extenso archivo de tebeos la colección de *Mazinger Z* editada a la vez que se emitía la serie. No encontré ni una sola prueba de que Afrodita A dijera tal frase. El hecho de que el muy posterior doblaje al catalán realizado por TV3 incorporara «¡pits fora!» no hacía más que confirmar que la popular broma de los años setenta había cuajado para siempre. Cuando preguntaba en foros especializados de internet siempre aparecía alguien que afirmaba recordar con claridad la frase de marras, pero si le pedía concretar el capítulo, todo quedaba en agua de borrajas.

Quizá un día pueda entrar en el archivo de TVE (no sé si pidiendo permiso o por una alcantarilla) para ver esos ocho capítulos incunables. Quién sabe si en alguno de ellos un doblador cachondo coló la famosa cita, pero ahora mismo mi teoría es que el «¡pechos fuera!» es una leyenda urbana salida con toda probabilidad de un visionario que unió el «¡puños fuera!» y el «¡fuego de pecho!» de *Mazinger* con las evidentes mamas metálicas de la delicada Afrodita. De

ahí que dicha frase sea el mejor título posible para una recopilación de citas televisivas: que una frase falsa permanezca incrustada en la memoria de un pueblo demuestra el poder hipnótico e incontestable de ese pequeño electrodoméstico que nos ha hecho la vida más agradable. Ojo, no me refiero a la tostadora. Y no es que la tostadora no nos haya proporcionado enormes alegrías, es que yo he venido a este libro a hablar de mi tele.

INFANTILES

«¿Cómo están ustedeeeeeeeeeeeees?».

Los Payasos de la Tele

1

**PROGRAMAS INFANTILES:
ADULTOS HACIÉNDOSE EL NIÑO**

«No es fácil ser verde».

La rana Gustavo, *Barrio Sésamo*

Es una verdad incómoda, pero ha llegado el momento de desmontar el tinglado de los llamados «programas infantiles». Algo perverso en su naturaleza acaba convirtiéndolos en una mutación extraña, hiperbólica y deformada del presunto fin para el que fueron creados. Un grupo de adultos con sus hipotecas, achaques y neurosis auestas se sientan alrededor de una mesa para, basándose en el vago y lejano recuerdo de su niñez, discurrir qué televisión quieren ver los actuales humanos en fase de desarrollo. Es como pedirle a la abuela de una aldea española que prepare comida para unos guerrilleros afganos que nunca han salido de su país: eso nunca puede salir bien.

Los programas infantiles son deudores de su época, lo que demuestra, una vez más, que los mayores al cargo proyectan sobre esos espacios los pros y contras del contexto que les ha tocado vivir. Esos adultos invocan al niño que fueron en un acto de fe que nada tiene que envidiar, por optimista, al de las brujas pirujas que aseguran contactar con los muertos. Siento reventar el chiringuito de presentadores, ejecutivos, programadores y productores que se han dedicado a la televisión infantil, pero a los niños les interesa la música ñoña y los colores llamativos. No le den más vuel-

tas. El tema no es baladí, porque la tele que vemos durante nuestra infancia supondrá uno de los más sólidos recuerdos en el futuro, pero ya se sabe que el humano en edad laboral entiende el egoísmo de forma absurda: si no es capaz de interesarse por los ancianos, aunque solo sea porque algún día él mismo formará parte de la tercera edad, cómo se va a preocupar de que los niños de hoy tengan un bonito recuerdo catódico en su madurez.

Los estragos de esa deficiente educación televisiva se muestran en todo su esplendor durante las cenas navideñas de empresa, cuando el factor chupito encharca los esófagos y nubla la mente. Si la media de edad de los comensales se acerca (por arriba o por abajo) a los cuarenta añazos, basta que algún imprudente cite *Los Chiripitifláuticos* para que los más encharcados se lancen a cantar:

Somos malos, Malasombra, somos malos de verdad.

En efecto, los villanos Malasombra, malos por devoción, vestían de negro mucho antes de que *Matrix* marcara tendencia, mientras a Locomotoro se le movían los mofletes y la gafotas Valentina marcaba a fuego la infancia de un país que salía del blanco y negro como podía, esto es, a duras penas. El carácter coral del programa permitió diversas coletillas, como la que lanzaba el Capitán Tan:

En mis viajes por todo lo largo y ancho de este mundo...

Cuando el capitán comenzaba una anécdota con esa frase, sus compañeros sabían que les esperaba una turra en toda regla e intentaban escaquearse del pobre aventurero. Ya lo siento, pero cuando Miguel de la Quadra Salcedo habla de la ruta Quetzal, me recuerda al ignorado chiripitifláutico. Los niños en blanco y negro habían tenido las marionetas de Herta Frankel; después vendrían *La casa del reloj* (de existir hoy se llamaría Swatch) o la inolvidable María Lui-

sa Seco, que dentro de *Un globo, dos globos, tres globos*, presentaba *El monstruo de Sanchezstein* (1977), concurso en el que los niños daban órdenes a un sumiso monstruo (José Carabias):

¡Luis Ricardo, cantidubi dubi dubi, cantidubi dubidá!

También Torrebruno, cercano a los niños tanto por simpatía como por estatura, encontró su sitio en numerosos programas infantiles; ya en la década de los ochenta aportaría otro estribillo de honda huella para cualquier humano con afán competitivo:

Tigres, leones, todos quieren ser los campeones...

Hasta 1990 (¡se dice pronto!) España tuvo una sola cadena generalista; esta anomalía nos convirtió en un país que comparte los mismos recuerdos televisivos. Y nada más evocador, por longevo, penetrante y machacón, que *Los payasos de la tele*. La sola mención de su saludo garrulo y bullanguero, con ese «ustedes» alargado hasta el infinito, basta para disparar en la generación infanta de los años setenta un torbellino de locura, delirio y violencia: el blanco nuclear de la dentadura de Gaby, la voz cazallera de Fofó, los gambazos lingüísticos de Miliki, las desmembraciones de Fofito y el señor Chinarro huyendo de aquella panda de *freaks* vengativos que siempre querían medirle el lomo. Para la posteridad, *Los payasos de la tele* nos han implantado en la memoria absurdas píldoras musicales de costumbrismo posmoderno:

Susanita tiene un ratón, un ratón chiquitín,
que come chocolate y turrón y bolitas de anís.

Un estudio de Greenpeace asegura que la población española de hámsters disminuyó drásticamente a mediados

de los setenta debido a la letal combinación de glucosa y alcohol en su dieta.

El *Barrio Sésamo* (1969) de Jim Henson combinó entretenimiento y divulgación mejor que nadie. La edición española aportó a Espinete y Don Pimpón como santísima dualidad del peluche gigantesco, mientras los personajes originales se hacían hueco en nuestro corazón: Epi, Blas, el monstruo de las galletas, Coco o el líder indiscutible del zoológico Sésamo, la rana Gustavo (Kermit en Estados Unidos):

Dejad que os cuente un secreto... Vosotros también tenéis manos: mirad al final de vuestros brazos, ¿lo veis? ¡Tenéis manos!

Para desesperación de las cadenas de televisión, los niños han seguido naciendo incluso tras la retirada de Los Payasos, lo que les ha obligado a continuar emitiendo programas infantiles (eso sí, cada vez con más desgana). *La bola de cristal* (1984) cautivaba a los pequeños con los electroduendes o la recordada Bruja Avería que disfrutaba su villanía («pero qué mala soy») escupiendo pareados con mucha miga:

¡Viva el mal! ¡Viva el capital!

A finales de los noventa aparecieron *Los Teletubies* (1997), pensada para niños muy pequeños, pero seguida por padres agradecidos (que veían a sus diablillos hipnotizados frente al televisor) y tardoadolescentes subyugados por tan poderoso *chill out*. Como los padres estaban exhaustos y los pastilleros de bajón, tuvo que ser el fundamentalista cristiano estadounidense Jerry Falwell quien protestara por la presunta ambigüedad sexual de Tinky Winky. Parecía una extravagancia más del conservadurismo americano, pero en mayo de 2007, Ewa Sowinska, defensora del menor en Polonia, quiso que unos psicólogos estudiaran si

Tinky Winky promovía la homosexualidad entre los niños. No se sabe de ningún antropólogo que haya decidido estudiar a Ewa Sowinska.

Adiós Tinky Winky, adiós Dipsy, adiós Laa-Laa, adiós Po.

2

LOS COLORES CHILLONES DOMINARÁN LA TIERRA

«¡Esto es todo, amigos!».

Melodías animadas de ayer y hoy

Desde que la tele es tele, los dibujos animados han servido de calmante para los más pequeños. ¿Puede haber algo más fascinante que dibujos coloreados que se mueven solos e incluso hablan? Ahora bien, ¿por qué esa tradicional y patológica obsesión hacia el mundo animal? En la vida real nos los comemos y grabamos sus cópulas en obscenos documentales (¿no es eso una forma de zoofilia?), pero no es bastante: también los humillamos con caricaturas animadas. Tú dibujas un ratón musculado, le cuelgas una capita y ya tienes *Super Ratón* (1942); solo te falta una absurda frase recurrente para que su recuerdo trascienda la tele en blanco y negro:

Y no olviden supermineralizarse y supervitaminarse...

Los que crecimos viendo a Bugs Bunny nos llevamos una profunda decepción al comprobar que los conejos de verdad eran en realidad animales tristes, aburridos, malos y sin chispa. Todo por culpa de ese cabronías comenahorias de Warner Bros que mezclaba ironía, astucia y violencia bajo una apariencia de cordial pasotismo:

¿Qué hay de nuevo, viejo?

Las delirantes fábulas animales de los dibujos animados explotan la trama de bicho mata bicho gracias a esa envidiable inmortalidad a prueba de bombas ACME. La motivación existencial del Coyote es comerse al Correcaminos; su inquebrantable determinación, unida a la insistente derrota, generaba en la audiencia más apoyos que el antipático pajaraco. Lo mismo sucedía con el famélico gato Silvestre; además de fracasar en su loable intento de zamparse a Pío-lín, tenía que soportar la irónica cantinela del cabezón amarillo:

Me ha parecido ver un lindo gatito...

Nuestra primera generación de *TV boomers* creció con las alocadas premisas de la institutriz Hanna-Barbera; aunque eran los apellidos de dos hombretones, la sonora femineidad del nombre del estudio siempre nos empujó a idealizarlo como una bondadosa, alocada y generosa dama que nos hacía felices. William Hanna y Joseph Barbera parían series sin descanso y recortaban gastos con igual frenesí; para la posteridad han quedado esos fondos fijos que abarataban las secuencias de persecución. *Los Picapiedra* (1960), primera *sitcom* animada en *prime time*, nos dejó aquella tarzanesca e incontestable onomatopeya del buen rollo que lanzaba Pedro:

¡Yaba daba dú!

Miles de maridos en edad de beber con los amigotes se identificaron con el gag recurrente del pobre hombre aporreando la puerta de su domicilio, cerrada a cal y canto por una Vilma enfurecida. *Los Picapiedra* obtuvieron un enorme éxito a nivel internacional con sus amables chistes de andar por casa.

PEDRO: ¿Cómo puedes ser tan idiota?